



Red Iberoamericana de Educación en Derechos
Humanos y para la Ciudadanía Democrática

OEI 

Educar en derechos humanos, una labor inaplazable

Mariano Jabonero



Perspectivas iberoamericanas:

La educación para la convivencia democrática
y la promoción de los derechos humanos



“No podemos ser indiferentes ante la injusticia y la desigualdad. La educación nos empodera para cambiar el mundo”.

Mariano Jabonero.

Secretario general de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura



Educar ciudadanos democráticos, solidarios, dialogantes, con pensamiento crítico y con capacidad de reconocer al otro nunca ha sido tan crucial como lo es hoy si queremos proteger nuestras democracias. Lo es porque, a la vista de todos está que nos encontramos inmersos en duros tiempos en los que la circulación y consumo de realidades distorsionadas, y en muchos casos de mentiras, se combina con una fuerte y preocupante desconfianza hacia las instituciones que soportan nuestros Estados de derecho.

En este peligroso escenario, elevar la educación ética como una prioridad política en América Latina y en la Unión Europea es un objetivo que nos hemos trazado desde la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI) en nuestras últimas agendas programáticas de trabajo, por lo que en ellas apostamos por fortalecer las alianzas público-privadas con otros pares que compartan con nosotros esta imperante prioridad para la región.

Defender la democracia y un sistema robusto de protección de los derechos humanos es un prerequisite para que la cooperación para el desarrollo funcione, y es por esto por lo que estamos convencidos de que los valores universales como la libertad, la igualdad, la justicia y la solidaridad, en el marco internacional de los derechos humanos, deben cultivarse para que podamos cuidar algo tan preciado como es nuestra convivencia democrática, sometida hoy

a retos complejos, como los mencionados con anterioridad, además de un largo etcétera.

El actual declive de la democracia crece de manera directamente proporcional al número cada vez mayor de personas insatisfechas o indiferentes hacia ella o hacia la representación que de ella se está construyendo en el actual contexto de sobre carga informativa —o infodemia, como lo llaman los expertos—. Todo ello se agrava aún más si tenemos en cuenta que nos hallamos en un momento especialmente peligroso en el que la sociedad está expuesta al acuciante péndulo de la polarización.

Este incremento de los extremismos, del discurso del odio y de la negación de consensos sobre estos valores que aquí defendemos han forjado, inevitablemente, un mayor sentido de urgencia en la defensa del orden democrático y del marco básico de los derechos humanos.

Los Estados, los organismos internacionales, la sociedad civil y las empresas tenemos ahora un papel fundamental y renovado en la aplicación de los principios que guiaron, hace casi ocho

“La educación en derechos humanos es la vacuna contra la intolerancia y el extremismo”.



décadas, la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Los derechos y las libertades no son elementos negociables ni están sujetos a excepciones. Bajo esa premisa, cuando vemos señales de que se relativizan o se adaptan a intereses particulares, corremos el riesgo de caer en el “todo vale”, incluso a costa de la dignidad de los demás. Y eso es letal para cualquier sistema democrático, ya que este camino no solo erosiona los principios fundamentales, sino que también amenaza la posibilidad de construir sociedades inclusivas y respetuosas de las diferencias.



Es aquí donde el rol de la educación en derechos humanos y en valores democráticos desempeña un rol esencial para su salvaguarda, pues son las aulas iberoamericanas los espacios idóneos para que nuestros ciudadanos adquieran las herramientas necesarias para su desarrollo pleno y para que forjen su carácter crítico y dialógico, aspectos clave para su participación en una sociedad capaz de convivir en paz.

Pero hay muchos enemigos aún por derrotar: las desigualdades, la discriminación, la falta de

acceso a oportunidades para una vida mejor, la cultura de la violencia, la pérdida de libertades, la exclusión social, las guerras e invasiones de unos países contra otros, las crisis ambientales y de salud, las torturas, las detenciones arbitrarias, las ejecuciones y desapariciones de personas, entre otros flagelos que lamentablemente persisten en nuestra región, desafían aquellos valores que desde la Declaración Universal de los Derechos Humanos hemos sabido construir, lo que termina por introducir, además, un debate —a veces irracional— a partir de la desconexión entre esa realidad ciertamente compleja y la narrativa aspiracional que supone este marco de derechos y libertades en un mundo civilizado.

El centro del debate, consideramos, no está en pensar que este sistema de valores se ha quedado corto o que, en otro extremo, ha alcanzado su cénit, sino, que más bien se trata de que ese futuro, que veíamos lejano, ya está aquí, “y ya no es lo que era”.

Nuevos factores como la globalización y algunos de los efectos que se asocian a ella, como las desigualdades, así como el impacto de la sociedad de la información y de las nuevas tecnologías como la inteligencia artificial, hacen necesario enarbolar otras banderas más próximas a las nuevas preocupaciones de lo que, autores como el germano-británico Ralf Dahrendorf, llaman la “sociedad civil internacional”.

Así, es crítico hoy hacer un nuevo llamado, más exigente y vigoroso, a la comunidad internacional, acerca de los peligros a los que puede conducir el desinterés y la indiferencia respecto del fortalecimiento de las democracias y los derechos humanos, y en ese sentido, también alertar del peligro que corre el sistema mismo de organizaciones internacionales, que, junto a la democracia, también se ve amenazado por idénticas causas.

Basta repasar el contenido y el desarrollo de los encuentros, cumbres y foros internacionales más recientes, tanto a nivel global como en



nuestra región iberoamericana, para percatarse con enorme preocupación de que estas cuestiones cruciales para la convivencia casi han desaparecido de la agenda internacional.

Este llamado a apostar por la democracia y la educación en derechos humanos en una gran alianza que incluya a la mayor cantidad de estamentos de nuestra sociedad no supone, ni mucho menos, relegar otras urgencias igualmente reales, como lo son el cambio climático o los retos sociales y morales que nos imponen las nuevas tecnologías, pasando por la pobreza, el hambre y los conflictos bélicos que, como hemos señalado, tristemente siguen golpeando nuestro mundo.

Al contrario, estamos seguros de que poner a la convivencia democrática y la educación en valores en el centro es potenciar un instrumento decisivo y sostenible que ayude a superar esos desafíos.

Entendamos que no bastan las buenas intenciones, las declaraciones estériles o los contratos sin músculo, porque llegado el momento de rendir cuentas lo único relevante es lo que efectivamente se ha logrado, qué resultados se han obtenido para contribuir a ese mundo que quisiéramos dejar.

Es por esto por lo que desde la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI), hemos puesto a disposición de la ciudadanía de nuestra región numerosas herramientas para impulsar este contrato social que aquí defendemos con el ánimo de continuar trabajando por una región más justa y democrática.

Nuestro Programa Iberoamericano de Educación en Derechos Humanos, Democracia e Igualdad, lanzado en 2021, es una muestra de este empeño; con poco más de 4 años de funcionamiento, ha logrado articular redes de trabajo para promover escenarios de participación ciudadana plurales

“ No podemos permitir que la apatía y la indiferencia erosionen nuestra democracia. La participación ciudadana es esencial ”.





“La educación no es solo conocimiento, es transformación. Forma ciudadanos críticos, comprometidos y capaces de construir un futuro mejor”.

y dialogantes, apostando por la inclusión de nuestros jóvenes como sujetos clave para alcanzar estos objetivos.

Es hora de aprovechar el poder de la educación, en todas sus modalidades, formales e informales, así como el de las nuevas tecnologías, como hemos dicho, aliadas fundamentales para entender nuestro contexto actual.

Con estos poderosos instrumentos, tendremos sin duda la dotación que se requiere para dar un nuevo impulso a la vigencia de los valores que hemos expuesto y que son la sustancia que constituye la práctica cotidiana de los derechos humanos fundamentales.

En ese sentido, es y será nuestro compromiso redoblar esfuerzos para impulsar la comprensión del papel que puede y debe jugar la educación en valores éticos y el espíritu de una ciudadanía democrática como eslabones imprescindibles para frenar autoritarismos y autocracias.

Como reafirma la gran filósofa española Adela Cortina, necesitamos que la ética esté en el centro de la construcción ciudadana y para ello, debemos formar buenos ciudadanos, con capacidad de estimar los valores, de comprenderse y de argumentar.

En definitiva, sin una buena educación en derechos humanos, ciudadanía ética y convivencia democrática, difícilmente habrá posibilidades de generar otros bienes públicos como la inclusión, la seguridad y la prosperidad compartida, indispensables para mantener cohesionadas las sociedades civilizadas. Educar no es solo liberador; es también un camino para

pensar, reflexionar, aprender a descubrir la razón y arribar a juicios sensatos. Y es, finalmente, una vía para construir una ciudadanía que aprecia y defiende la democracia y los derechos humanos como la senda indispensable para ser y estar en la vida.

